



Proceso

informativo semanal

Año 24, No. 1092

marzo 31, 2004

ISSN 0259-9864

"El problema radical es la lucha de la vida en contra de la muerte" Ignacio Ellacuría

Editorial

2

Tiempos recios para el FMLN

Política

4

Los cambios en la izquierda

Economía

7

El pensamiento único neoliberal y su impacto en la economía salvadoreña

Regional

10

Carta a Monseñor Romero

Reporte IUDOP

12

¿Cuál porvenir, cuál miedo?

Reporte IDHUCA

14

El costo humano de las remesas

¿Cuál porvenir, cuál miedo? (I)

La mayor parte de comentarios o análisis que se han hecho sobre los resultados de las elecciones presidenciales del pasado 21 de marzo suelen moverse entre dos grandes tipos de tesis. La primera dice que la amplia victoria del partido ARENA sobre el FMLN, el elevado nivel de participación electoral y la desaparición de los partidos PCN, PDC y CDU, fue el producto del respaldo del pueblo salvadoreño a las opciones de moderación y de esperanza en el porvenir que supuestamente representa ARENA y su candidato presidencial, al tiempo que representa el rechazo de la población al "populismo de izquierda" que encarna el FMLN y su candidato. Esta tesis es obviamente presentada por analistas de derecha y obviamente por la misma maquinaria mediática del partido oficial. Por el otro lado, la segunda tesis, que ha sido fuertemente promovida desde la cúpula del FMLN, sostiene que las causas fundamentales de los resultados electorales hay que buscarlos en la intensa campaña del miedo y de "terror" montada por ARENA, el gran capital y las corporaciones mediáticas, en contra del FMLN y que fue apoyada con más o menos complacencia por diversos sectores del país, incluidos aquellos que suelen estar más orientados hacia la izquierda.

Ambas tesis, sin embargo, tienen algo en común. Las dos ponen el énfasis del resultado de las elecciones en el trabajo del partido gobernante y de sus aliados. La primera lo hace en términos positivos adjudicándole a ARENA el logro de haber convencido a la población a través de su programa, su candidato y su suelta apuesta por la "governabilidad democrática"; no faltan, además, voces que con menos aspaviento se jactan de la astuta y millonaria campaña de publicidad desplegada por el partido de derecha. La segunda tesis pone también el énfasis en el desempeño del mismo partido, sólo que de manera negativa, señalando que la publicidad arenera fue extremadamente sucia, ilegal e ilegítima porque estaba basada en mentiras y en el chantaje. De esta forma, la responsabilidad fundamental de la derrota no estaría en manos del FMLN o de quienes dirigieron su campaña, sino en la trampa con la cual jugaron los areneros.

Sin negar que alguno de tales razonamientos pueda tener una dosis de razón, sobre todo la segunda tesis, la limitada discusión sobre

los resultados electorales en torno a esas dos lecturas sobre la realidad política muestra los alcances de la polarización que prevaleció durante el proceso electoral y que, de paso, afectó también al resultado de las elecciones. El debate sobre el desenlace de los terceros comicios presidenciales de la posguerra escasamente ha ido más allá de abordar la diversidad y complejidad de factores que estuvieron en juego para determinar el saldo político.

El desenlace de las elecciones no sólo es el producto de la convicción de algunos salvadoreños de que estaban votando por lo que ellos creían la mejor opción política, como tampoco es el simple producto de una intensa campaña basada en generar terror en la población. La consumación del proceso electoral presidencial de 2004 es el fruto de una serie de factores que empezaron a interactuar mucho antes del inicio de la campaña electoral formalmente establecida. Es necesario recordar que estas elecciones tomaron lugar sólo apenas un año después de los comicios municipales y legislativos, y en los que el resultado configuró un escenario radicalmente distinto al que se tiene ahora. Muchas cosas pasaron o debieron haber pasado para producir un cambio tan drástico en la configuración de las fuerzas políticas del país. Así, no es posible llegar a conclusiones simples y unilaterales cuando la realidad se ha mostrado tan compleja, dinámica y cambiante en un período tan corto de tiempo.

Con el riesgo de caer en esa misma simplicidad por las restricciones de este espacio, el presente artículo pretende poner sobre la mesa de discusión al menos seis factores que ayudarían a explicar el desenlace de las elecciones presidenciales de 2004. Sin sugerir que esos son los únicos factores que influyeron en el resultado de los comicios y sin pretender inclusive su certidumbre, es posible señalar seis variables a manera de hipótesis —mientras no se tengan evidencias más empíricas— que explicarían la resolución de los comicios recién pasados.

En primer lugar, la elección misma de los candidatos por cada uno de los partidos mayoritarios; en segundo lugar, la implementación del Plan Mano Dura y la aprobación de la Ley Antimaras por parte del gobierno; en tercer lu-

gar, el inicio anticipado de la campaña electoral por parte de los partidos grandes; como cuarto elemento estaría la extrema polarización política basada en una dinámica de rechazos políticos; vinculado a lo anterior, en quinto lugar, estaría la aludida campaña del miedo; y finalmente, el papel que jugaron algunas encuestas preelectorales que anticipaban su supuesto empate técnico entre ARENA y el FMLN.

El proceso electoral de 2004 parte del escenario establecido por las elecciones locales y legislativas de 2003. Sin embargo, bajo ningún punto de vista es posible decir que el resultado del 2004 es la prolongación de la misma dinámica que determinó los resultados del año anterior; es más bien la ruptura de esa dinámica la que decide el rumbo en que habrían de desembocar los comicios presidenciales.

A mediados de 2003, ARENA es un partido derrotado que busca desesperadamente reconstituirse para enfrentar el desafío de la elección presidencial. Bajo ese entorno y comprendiendo la importancia que tienen las figuras personales en las elecciones presidenciales, el partido gobernante se decide por llevar como candidato a una persona que, aunque vinculada indirectamente con el partido, es capaz de atraer simpatías nuevas y foráneas al partido ARENA, sobre la base de una supuesta imagen de renovación y de cercanía con los sectores medio-bajos y bajos de la sociedad salvadoreña. ARENA comprende que para ganar las elecciones era necesario romper su techo de voto duro que apenas había logrado mantener al partido vigente en las elecciones legislativas de 2003. Bajo esa exigencia de la realidad los areneros se deciden por Saca.

Por su parte el FMLN entendió la victoria de 2003 como la prueba irrefutable de su crecimiento imparable e interpretó que, dado el probado ascenso del partido, no importaba tanto la figura personal en las elecciones presidenciales cuanto seguir planteándose como la única alternativa posible para el cambio sociopolítico en El Salvador. Bajo esa lógica, no sólo no eligieron una figura carismática y empática con la población, sino que seleccionaron a una de las figuras más controversiales del escenario político salvadoreño. En la elección de Handal, se privilegió el apego al ideario partidista antes que la necesidad de reunir la mayor cantidad de votos posibles, dado que en cualquier caso —según la tesis efemelenista—, éstos iban a ser logrados por la inercia del partido.

Estas dinámicas de selección de candida-

tos supusieron el primer replanteamiento del escenario político luego de las elecciones de 2003. En poco tiempo y de cara al público salvadoreño, ARENA y el FMLN dispusieron que las nuevas condiciones de la lucha política estarían marcadas por la relación entre la figura del candidato y la fortaleza del partido. Así, mientras que por el lado de la derecha, el problema fundamental era el partido y no su candidato; por el lado de la izquierda, el problema básico era el candidato y no el partido.

Lo anterior determinó los desafíos para cada uno de los bandos en contienda de cara a la campaña electoral. Mientras que ARENA debía fortalecer urgentemente la imagen de su partido y promover el potencial de su candidato, el FMLN debía mejorar significativamente la figura de su candidato, al tiempo que reforzaba la noción de que el partido finalmente se había convertido en la alternativa posible del tan ansiado cambio social.

El primer golpe y uno de los más decisivos vino de ARENA con el Plan Mano Dura. Luego de la debacle de las elecciones legislativas, el partido oficial comenzó a buscar ansiosamente una conexión restauradora con la población. El primer intento no se hizo esperar con las medidas económicas anunciadas por el presidente Flores apenas días después de los comicios. Sin embargo, el intento fue infructuoso porque básicamente la población no le creyó a ARENA un discurso que ideológicamente iba en contra de su propio comportamiento reciente; tampoco el gobierno hizo mucho por demostrar la franqueza de su proyecto. La propuesta presidencial fue relegada al olvido. El acierto estratégico vino con el abordaje del otro gran problema nacional: la delincuencia y las maras.

En la búsqueda por ganarse a la población, el gobierno presentó un plan de combate a las pandillas que iba en contra de los preceptos constitucionales y los derechos civiles, pero que aparentemente "limpiaba" de tajo el problema de las pandillas juveniles, el cual tenía angustiada a buena parte de la población. El Plan Mano Dura era básicamente autoritario en su proceder y primitivo en su marco legal, pero astuto en su estrategia publicitaria y tremendamente político en su intencionalidad. Con dicho plan, el gobierno no sólo logró remozar al partido ARENA frente a la opinión pública, sino que atacó y puso en condición de desventaja discursiva a la oposición y al FMLN, a los cuales acusó de proteger al crimen.